

Recuerdos de una gesta: el inicio de la exploración

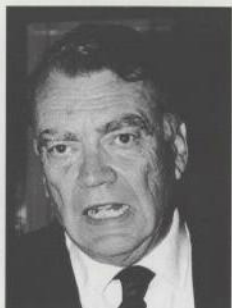
Por Pedro Lesta

El 17 de junio próximo se cumplen 50 años de la perforación del primer pozo de exploración en Tierra del Fuego, el TFI, que fue descubridor de una acumulación de gas y condensado, en una ubicación cercana a la estancia Las Violetas, situada a unos 25 km al norte de la entonces pequeña localidad de Río Grande.

Este artículo es el mejor homenaje que se puede rendir a un núcleo de gente sacrificada, competente, que en el extremo confín del país, sumó sus esfuerzos para obtener como resultado una nueva provincia petrolera. Muchos han fallecido ya. Otros muchos han caído en el olvido. Pero su obra está allí, en cada metro cúbico de petróleo y de gas que hoy se extrae, que ellos dieron a luz con el TFI.

En 1999 se cumplen 50 años de la perforación del primer pozo de exploración en el sector argentino de Tierra del Fuego, el TFI, que al ser descubridor de una acumulación de gas y condensado, representa el paso inicial en un largo camino de éxitos y fracasos que nos condujo a la realidad actual.

Es, indudablemente, una fecha para ser recordada por toda la comunidad petrolera argentina. Porque

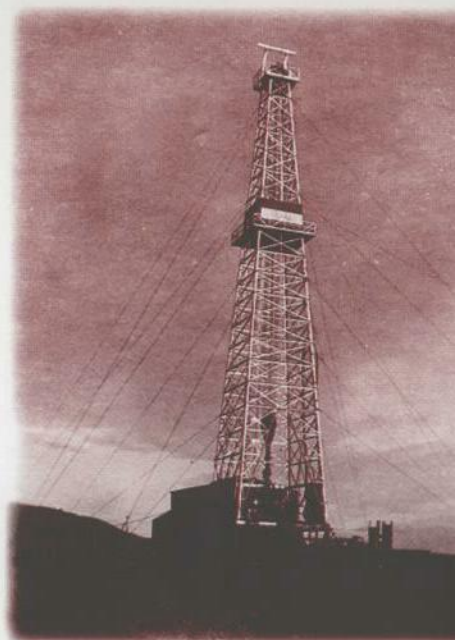


Pedro Lesta

desde ese entonces hasta la actualidad, una acción constante en tierra, y desde 1982, en el mar, sumó a la economía de la isla, basada hasta entonces principalmente en la riqueza ganadera, la febril actividad de la industria del petróleo y el gas, que condujo a que la provincia se transformara en una importante productora de ambos fluidos.

En efecto, según las estadísticas, en 1998 se produjeron en Tierra del Fuego

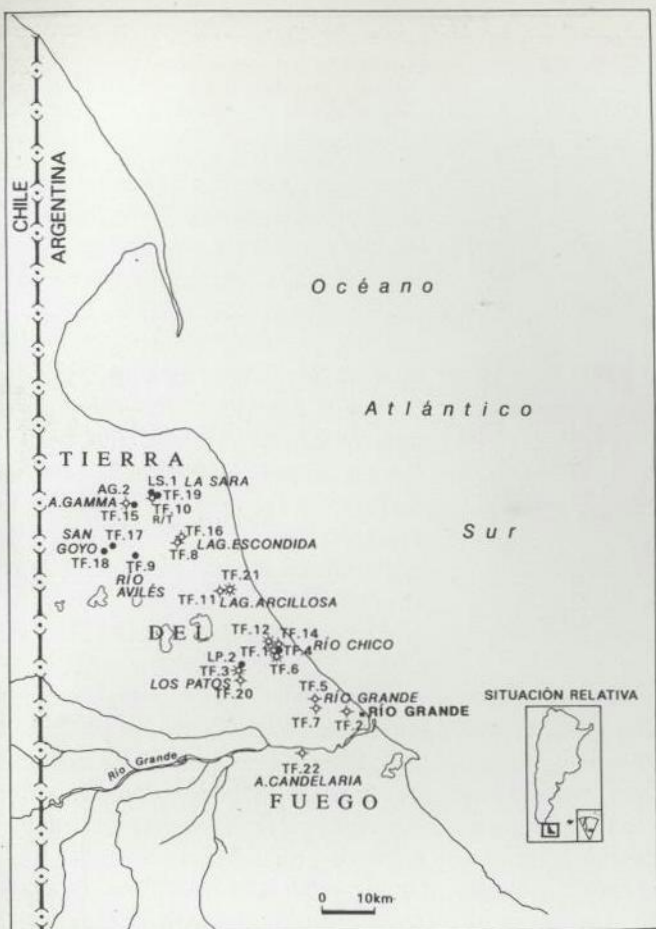
Foto gentileza: Anibal Pérez Fernández



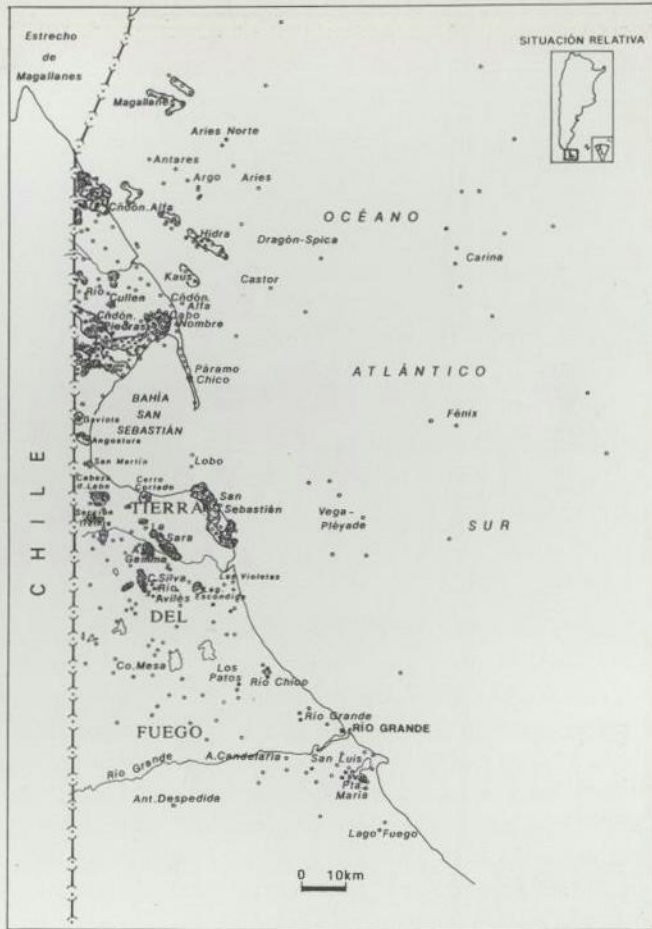
EI TFI

2.021.613 metros cúbicos de petróleo, lo que representa el 4,11% del total del país, ubicándose en el sexto lugar entre las provincias productoras. En gas, Tierra del Fuego está en el cuarto lugar, con un total de 38.937.618 miles de metros cúbicos. Por otra parte, las reservas, que todavía están evaluándose, también son cuantiosas, particularmente en gas.

Para mí, el aniversario tiene además un significado muy particular. Sucede que en 1999 yo también festejé un aniversario de 50 años: el de ha-



Pozos de exploración perforados por YPF hasta fines de la década del 50



Pozos de exploración y yacimientos en explotación desde 1960 hasta el presente

ber empezado a trabajar como profesional en Geología. Y mi primer destino fue, precisamente, Tierra del Fuego, como geólogo de boca de pozo, no en el TF1 sino en la finalización del TF2 que le siguió, un mes después y que fue perforado sin éxito en las proximidades de lo que es hoy el aeropuerto.

Recuerdo todavía cuando, al llegar con mi flamante título de doctor en Geología a la sede central de YPF, en el noveno piso de Roque Sáenz Peña 777, me recibió el Secretario de la Gerencia de Exploración, un porteño de pura cepa, caballero atildado y gentil. (Los alumnos geólogos y los geólogos de la empresa le debíamos mucho por interceder frecuentemente en nuestro favor frente al exigente Dr. Osvaldo Braccacini, Jefe del Departamento.) Con una sonrisa entre sobradora y compasiva, me anunció que mi primer destino sería el de hacer de geólogo de boca de pozo en las perforaciones recién inauguradas en Tierra del Fuego. Sucedió que en el ambiente de sede central, una asignación a las operaciones en Tierra del Fuego era considerada como una especie de ostracismo en el peor lugar posible, y a quien le tocaba en suerte debía resignarse como ante una mala jugada del destino y disponerse a inmolarse una vida civilizada y cómoda en ambientes más propicios, cambiándola por una precaria supervivencia en la más fría, desolada y agreste región de la Argentina.

Creo que influían en esta mala fama las historias de la cárcel de Ushuaia, lugar de castigo y reclusión de delinquentes incorregibles y políticos "contreras". Esto era tan real que las autoridades que por ese entonces dirigían YPF solían "deportar" al campamento de perforación de Río Grande, a altos empleados que por una razón u otra habían caído en desgracia.

Tal vez con la inconsciencia de un joven geólogo entusiasmado con su primer trabajo profesional, reservé el primer vuelo disponible en los DC 3 de Aerolíneas Argentinas, que por aquel entonces no eran vuelos muy diferentes de los que describiera Saint Exupéry unos años antes. Daban pequeños saltos de pulgas entre las aisladas poblaciones patagónicas y, cuando las cosas iban bien, tardaban tanto en llegar a Río Gallegos como hoy se tarda en volar a París.

Pero veamos qué historia grande hay detrás de mi pequeño anecdotario personal, que me llevó, como a otros, a poner los pies en la desolada meseta fueguina, descendiendo de un precario DC 3, zarandeado por los vientos australes, en una fría mañana del invierno de 1949.

Esta historia grande es la historia del inicio de la exploración de hidrocarburos en la cuenca Austral. He leído mucho sobre los acontecimientos previos a los primeros descubrimien-



Foto: Pedro Lesta

tos en el pasado, en muchas cuencas de diferentes regiones del mundo, y he encontrado ciertas coincidencias, comunes en la mayoría de ellas, que podrían ordenarse en etapas. La primera es la del conocimiento —diríamos a nivel de gente de la zona— de la existencia de afloramientos de petróleo en algún punto de una región. En la segunda etapa, uno o varios visionarios, con más entusiasmo que conocimientos, emprenden una ardua tarea para tratar de descubrir yacimientos, que generalmente termina en el fracaso económico. En la tercera etapa, gobiernos o compañías petroleras, se abocan a una tarea sistemática, con bases técnico científicas adecuadas, y producen los descubrimientos comerciales, que son los heraldos de una cuarta etapa, la de la producción.

Por supuesto, hay excepciones a este ordenamiento de sucesos. Una de ellas es lo que ocurrió en la cuenca del Golfo San Jorge. No puedo menos que aprovechar la oportunidad para decir que hay que hacer justicia a los dos verdaderos padres de ese descubrimiento que dio origen a la industria petrolera argentina, los ingenieros Hermitte y Huergo, cuya visión científica condujo a la perforación del pozo, con la excusa de buscar agua, en Comodoro Rivadavia. Su resultado puede haber estado signado por la suerte, pero nunca por la casualidad. Sin embargo, ésta es otra historia, como dijo un famoso escritor.

El hecho es que el descubrimiento de petróleo en la cuenca Austral pasó por todas las etapas clásicas que he mencionado. Comenzó a moverse en la vecina Chile, país con el que compartimos la cuenca. En efecto, a fines del siglo anterior ya se conocía que en las cercanías de Punta Arenas, en un paraje denominado Agua Fresca, había manaderos de petróleo y en las cercanías, emanaciones de gas combustible. Un grupo de gente con empuje y visión empresarial de Punta Arenas constituyó a principios de este siglo el Sindicato de Petróleos de Agua Fresca y compró un equipo de perforación a percusión con el que ejecutó varios pozos, que si bien comprobaron manifestaciones de hidrocarburos, no tuvieron producción rentable.

Ya en la segunda década del siglo, geólogos altamente capacitados, como los doctores Felsh y Windhausen, alemanes, y Bonarelli, italiano, visitaron la zona y elevaron informes optimistas sobre las posibilidades que ofrecía la cuenca para la exploración de hidrocarburos. Los Drs. Bonarelli y

Windhausen estaban al servicio de la Dirección de Minas, Geología e Hidrología argentina, y tuvieron después una destacada actuación en Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Un episodio llamativo, que demuestra que el afán de lucro, vinculado con la posibilidad de poseer yacimientos de petróleo, encguecía a las mentes, se produjo con motivo de una perforación en un paraje denominado Leñadura. Lo perforaba una compañía por acciones formada con ese objeto. Quienes llevaban a cabo la perforación no encontraron mejor forma de enriquecerse rápidamente que llevar petróleo en un barco, acondicionarlo en tanque y simular un ensayo exitoso bombeándolo a presión de manera que simulara una surgencia natural. Por cierto, las acciones de la compañía tuvieron un alza espectacular, hasta que se descubrió el engaño. Los responsables huyeron a Argentina, donde fueron capturados y deportados. Todo esto está relatado, en forma muy documentada, en un interesante libro de M. Martinic, *Historia del petróleo de Magallanes*, editado por ENAP en Santiago de Chile.

La tercera etapa a la que hicimos referencia se inició, también en Chile, a fines de la década del 30, ya con la presencia de profesionales altamente capacitados y la formación de la compañía estatal Corfo, que contrató una comisión sismográfica dedicada a efectuar estudios en la parte oriental del sector chileno de la isla de Tierra del Fuego.

A partir de los planos obtenidos, se perforó el pozo denominado Spring Hill 1, que fue el primer descubri-

Viviendas construidas
por residentes
en Río Grande
para alquilar
a los recién llegados
"muchachos de YPF".



Foto: Pedro Lesta



miento comercial de la Cuenca Austral, en diciembre de 1945.

La porción argentina de esta cuenca no tuvo la etapa del conocimiento, a nivel de la gente de la zona, de la existencia de hidrocarburos, por la sencilla razón que en nuestro país no existen manantiales de petróleo o gas en superficie.

Pero a nivel técnico, además de los ya mencionados Felsh, Bonarelli y Windhausen, otros destacados geólogos, que actuaron para la Dirección de Minas, Geología e Hidrología o para la recién nacida YPF, como el italiano Egidio Feruglio, de quien hemos conmemorado hace poco tiempo el centenario de su nacimiento, llevaron adelante estudios que, básicamente, demostraron la continuidad de la cuenca dentro del territorio argentino. De hecho, en la provincia de Santa Cruz, ya en los años 30 se llevaron a cabo algunas perforaciones sin éxito.

En la isla, la primera comisión geológica destinada a efectuar estudios sistemáticos llegó en 1937, y su jefe era el Dr. Carmelo De Ferraris. En 1947 arribó la primera comisión sismográfica, la N° 25, procedente de la cuenca del Salado, en la provincia de Buenos Aires. Su jefe era el Ing. R. Pérez Hernández, quien fue reemplazado poco tiempo después por el Ing. Metello Cesanelli. Con este último recordábamos recientemente lo precario de las condiciones de trabajo, con vehículos de tracción simple, que en verano frecuentemente quedaban aprisionados en las turberas y lodazales que se formaban con el deshielo, y en invierno, aunque el suelo estaba helado y sólido, el ascenso y descenso en las pendientes era toda una proeza y las nevadas y la temperatura de varios grados bajo cero castigaba a quienes debían trabajar en pleno campo. Aunque contaban con un tractor que servía para desencajar las perforadoras portátiles Frank, hubo algunas que quedaron meses en el lugar por no haber forma de llegar a ellas hasta las primeras heladas.

Comparar los resultados, dada la tecnología en uso en aquella época, radicalmente diferente de la actual, es como comparar la visión del paisaje de la cordillera patagónica en un día de niebla con la que se tiene en un día de sol radiante. Las reflexiones, calculadas a mano, daban una idea difusa de las formas estructurales, de manera que los intérpretes tenían que usar la intuición que da la experiencia para confeccionar los mapas del subsuelo.

Para el año 1947 ya se tenían mapas que, pese a lo precario de la información obtenida, indicaban la presencia de sectores favorables para ser perforados.

El Jefe del Departamento de Geología, Dr. Osvaldo Bracaccini, selecciona una de ellas y eleva al Gerente de Exploración, Ing. Pedro Rey, la propuesta de perforación del pozo TF1. Así se decidió la perforación del primer pozo de exploración en la isla de Tierra del Fuego, en las cercanías de la estancia Las Violetas, a unos 40 km al noroeste de la población de Río Grande, en las cercanías de la Ruta 3.

Se encomendó a la Administración de Comodoro Rivadavia que proveyera el equipo, los materiales y el personal necesarios para ejecutarlo.

La mencionada Administración eligió un equipo Wilson Titán, con torre, y designó Jefe de Campamento al Ing. Lisandro Guarnieri, ya fallecido, un meritorio y por ese entonces joven ingeniero de producción, de gran empuje y decisión. Como Jefe de Pozo fue ele-

gido don Estanislao Leniek, que con su hermano Francisco representaban la flor y nata de los perforadores patagónicos, toda una tradición de capacidad y eficiencia. El transporte del equipo se hizo mediante una de las barcasas de desembarco, que había adquirido la firma Perez Companc para el servicio de las poblaciones patagónicas.

Estas barcasas, utilizadas en la Segunda Guerra Mundial para el transporte y desembarco de tropas y vituallas, tenían la ventaja de no requerir un puerto, ya que se podían asentar sobre playas arenosas con la marea alta, abrir sus compuertas y en la marea baja, desembarcar los materiales transportados.

En la isla embicaban en la denominada caleta La Misión, nombre debido a su cercanía con la misión saleciana, que desde años atrás venía difundiendo la fe católica y los hábitos de trabajo agropecuario entre los jóvenes fueguinos, muchos de ellos descendientes de los primitivos pobladores de la región.

Como la población no tenía facilidades de alojamiento, la Armada prestó pabellones destinados a las tropas y allí se ubicó la fuerza de choque enviada desde Comodoro Rivadavia para preparar las instalaciones.

Fieles a su añeja tradición de ubicar las comodidades para sus empleados lejos de los centros poblados existentes, las autoridades de YPF eligieron el lugar de emplazamiento del "campamento" (así se llamaba a la base en

una zona de avanzada) a unos 7 km al norte de la localidad de Río Grande y a unos 2 km al sur de La Misión, sobre la Ruta 3, al pie de una barda tallada en la meseta por un avance del mar sobre el continente que, al retirarse, dejó una larga y delgada faja costera constituida por cantos rodados.

Febrilmente se empezó la construcción de los tres pabellones para alojamiento de los empleados y obreros, la oficina, los talleres, el depósito, un pequeño laboratorio que sería mi feudo, una usina, la cocina y el comedor. Todo rodeando un mástil donde desde el inicio flameaba la bandera nacional.

Mientras estuvo YPF, en el campamento solamente vivían los solteros o solteros circunstanciales por haber sido enviados en comisión sin la familia.

En el transcurso de las operaciones, muchos fueron ingresando en las filas de los casados, como el Ing. Guarnieri, el químico Pérez Fernández y yo mismo. Debimos conseguir pequeñas casas de madera, que algunos emprendedores pobladores de Río Grande construyeron tan rápida como precariamente, para alquilar a "los muchachos de YPF" a buen precio.

Posteriormente, en 1960, cuando se hizo cargo de la operación, la compañía Tennessee levantó en el mismo campamento unas confortables casas para las familias y hasta una pileta de natación climatizada.

En ese entonces Río Grande era una entumecida población, donde no había urgencias y, dentro de las rigurosas condiciones climáticas, la vida transcurría plácidamente, viviendo del comercio que abastecía a las estancias, y que concentraban principalmente tres grandes firmas, cuyos nombres en el lenguaje cotidiano eran La Anónima (Sociedad Anónima Importadora y Exportadora de la Patagonia, de larga y progresista actuación), Raful e Ibarra.

En estos comercios se podía comprar de todo, desde automóviles hasta cualquier clase de herramientas, artículos para el hogar, bebidas, conservas. Los alimentos perecederos, frutas y verduras frescas, huevos, se conseguían, no siempre en buen estado,

Foto gentileza: Anibal Pérez Fernández



El Ing. L. Guarnieri y su esposa en su vivienda.

cuando irregularmente llegaba algún transporte marítimo. Hubo meses de notoria escasez de estos productos, principalmente en invierno. Para desesperación de las jóvenes y recientes amas de casa, provenientes de lo que genéricamente se denominaba "el Norte", la única carne que se conseguía era la de "capón", ovejas más bien maduras, grasosas, faenadas en el frigorífico local y congeladas para exportación y consumo local. Se vendían por cuartos, sin trozar, y el gran problema era reducir esa carne congelada sin descongelar el total, a trozos de tamaño adecuado para una comida. La ventaja era que no hacía falta freezer, ya que con colgarlas en la leñera era suficiente.

En invierno, difícilmente había actividad antes de las diez de la mañana, cuando ya el sol había asomado. En verano, aunque amanecía a las 5 hs. la actividad no comenzaba mucho más temprano que en invierno. Estacionalmente, la cosecha lanera y un frigorífico situado en la otra margen del Río Grande, donde estaba el aeropuerto, añadían cierto movimiento al poblado.

Sólo muy poco argentinos residían habitualmente en Río Grande con sus familias, Oficiales de Marina, jefes de alguna repartición nacional como Vialidad, Correos, Banco de la Nación, etc. El resto, tal vez un 70%, era de nacionalidad chilena. Las construcciones eran en un 90% de madera, con

una típica arquitectura de techos de chapa a dos aguas y ventanas sin postigos propias del extremo sur de la Patagonia argentina y chilena. Sólo las chimeneas eran de material, y en los helados días de invierno, con temperaturas muy por debajo del cero y un tímido sol no muy alto en el horizonte, cuando amainaba el viento, se veía ascender en el cielo azul pálido, desde cada una de ellas, grisáceas columnas de humo, provenientes de la leña que se usaba para calefaccionar, quemadas en unas estufas de hierro muy características, de forma hexagonal, que se denominaban "tachos". Esta leña provenía de los bosques que orlan la cordillera fueguina, cuyos árboles, lenga y nire, tienen madera blanda, de manera que la carga de una estufa difícilmente duraba toda la noche. Tener la estufa apagada, en las frías noches australes, en casas sin aislamiento térmico, significaba congelamiento y rotura de cañerías, de manera que había que poner un despertador, que a las tres de la mañana nos recordara que debíamos recargar la estufa.

No había aguas corrientes, y el agua de consumo se extraía de pozos de 3 a 4 metros de profundidad, con una bomba reloj, a mano, ubicada cerca del fondo del pozo para evitar su congelamiento. Bombear 300 litros diariamente no era tarea descansada y se solía contratar a una persona que lo hiciera. La electricidad se cortaba a las doce de la noche, previa una señal consistente en dos pequeños apagones, y no se reponía hasta bien avanzada la mañana. Había un cine, al que solían llegar películas por vía aérea desde Río Gallegos, y en las noches de invierno los espectadores llevaban mantas y estufas Volcán, a kerosén, lo que permitía tolerar la película completa, que por más mala que fuera, constituía la única distracción esporádica con que contaban las familias y quienes no eran adeptos a los juegos de naipes (que no eran tan esporádicos) en los clubes existentes, donde se decía que muchos estancieros o encargados de estancias solían dejar parte o todas las ganancias de la lana.

En este ambiente, que hubiera sido bucólico si no hiciera tanto frío, irrumpió YPF con la cultura de la actividad constante. Pesados camiones transitaban por las antes solitarias calles y rutas, y en los períodos del deshielo, dejaban profundas huellas fangosas que eran trampas insuperables para los vehículos livianos. Toneladas de materiales de perforación se trasladaban a lugares estratégicos. Se acumulaba combustible para poder pasar semanas de desabastecimiento por si las condiciones del tiempo impedían el arribo normal. Los vuelos de los legendarios DC 3 de Aerolíneas Argentinas venían colmados.

Estos vuelos partían de la Capital de madrugada, y unían Bahía Blanca, Viedma, Trelew, Comodoro Rivadavia, Puerto Deseado, San Julián y Río Gallegos, ciudad a la que llegaban de noche. Había que dormir en el Hotel El Comercio, sin calefacción en las habitaciones y con todos los espejos de los baños partidos, porque como tampoco había luz eléctrica después de medianoche, se llevaban velas y el calor de la llama, frente al vidrio helado del espejo, producía esas rajaduras.

A la madrugada del día siguiente se iba hacia Río Grande, adonde llegaba luego de dos horas de vuelo, para retornar inmediatamente a Buenos Aires.

Todos los que hemos vivido en la Patagonia tenemos un recuerdo imborrable de aquella Aerolíneas Argentinas, que con la destreza de sus pilotos y la cordialidad de su gente, suplía con creces la incomodidad que significaban sus precarias instalaciones en los aeropuertos patagónicos. Las frecuentes tormentas, en invierno, ponían siempre una nota de ansiedad en quienes esperaban pasajeros. Recuerdo que mi esposa, regresando a Río Grande con nuestra hija mayor recién nacida, demoró 5 días en viajar desde Buenos Aires, por las malas condiciones del tiempo, siendo atendida con esmero por la gente de Aerolíneas, pese a la incomodidad de las instalaciones.

Volviendo a nuestro tema, hace 50 años la cuadrilla de armado de torres, casi todos de origen búlgaro, terminó

de levantar la torre de Wilson Titán. Se instaló en equipo y el 6 de enero de 1949 comenzó la perforación, estando a cargo del control geológico el recordado colega y amigo, Dr. Horacio

Díaz, secundado por J. Cáceres Cano, el más joven de una familia tradicional de Catamarca, que aportó a YPF cuatro excelentes ingenieros y técnicos.

El 2 de abril se localizó la capa productiva, la arenisca Spring Hill, que ensayada produjo gas. Se siguió perforando hasta la profundidad final de 2071 metros. Una vez entubado el pozo, los ensayos de perforación arrojaron un caudal de gas de 340.000 m³/día y 5 m³ de condensado.

Se debe destacar que tal era el aislamiento de la isla, que este pozo carece de registro eléctrico, ya que la Compañía Schlumberger no podía enviar sus camiones registradores. El primer perfilaje eléctrico se hizo, si no me equivoco, en el TF5, con un aparato ya de museo en aquella época, un compensador manual, que por su pequeño tamaño se transportó en avión. Se operaba tratando de mantener en el centro de un cuadrante, manualmente, una aguja cuya posición tendía a variar con los cambios de resistividad y potencial espontáneo de las formaciones. Ello permitía dibujar, con un trazador, ambas curvas, sobre un papel sincronizado con la profundidad del buzo. Recuerdo que se trabajaba al aire libre, sin casilla, y hacía tanto frío que al operador se le congelaban los dedos, y debíamos reemplazarlo por unos minutos hasta que recobraba el calor en las manos.

Ese 17 de junio, cuando se descubrió la riqueza escondida en el seno de la isla fue un día de fiesta, aunque tal vez nadie en ese entonces pudo comprender cabalmente lo que eso significaría en el futuro. Para dar una visión sintética de ese significado, adjunto dos planos: uno, de los pozos perforados por YPF en la década del



50. El otro, de la situación actual, con todos los yacimientos descubiertos.

Creo que este homenaje es el mejor que puedo hacer a un núcleo de gente sacrificada, competente, que en el extremo confín del país, sumaron sus esfuerzos para obtener como resultado una nueva provincia petrolera. Muchos han fallecido ya, como Guarnieri, Díaz, Leniek. Otros muchos han caído en el olvido. Pero su obra está allí, en cada metro cúbico de petróleo y de gas que hoy se extrae, que ellos dieron a luz con el TF1.

En la actualidad, podemos comparar los antiguos registros sísmicos, imprecisos, con la información sísmica moderna que está obteniendo la compañía Total, en la que se pueden reconocer hasta detalles del desarrollo de la arenisca Spring Hill. También se puede comparar el viejo y achacoso equipo de perforación Wilson Titán con motores Cummings, con los modernos equipos que permiten a la misma compañía perforar en profundidad pozos horizontales de más de 10 kilómetros de largo y arribar al punto elegido en la formación Spring Hill. Frente a esta hazaña técnica que merece destacarse, uno cae en la cuenta de que el tiempo ha corrido, pero para bien. Con todo, aquellos hombres del viejo YPF, con herramientas precarias pero con un espíritu indomable, lograron hallazgos sobre los que hoy se sustenta la riqueza en hidrocarburos del país. Recordando hoy, cincuenta años después, sabemos que los sacrificios no han sido vanos, y que el viejo YPF, al que se le debe la gran mayoría de los descubrimientos de gas y petróleo que se explotan hoy, merece, por extensión, este sentido homenaje. ●